

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8219

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

FRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7:50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. *Números sueltos 15 céntimos*

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIO DIA.**

Sábado 30 de Marzo de 1889

## LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS ALIADOS

Establecida en Madrid,  
calle de Olotaga 1 (Paseo Recoletos.)

### Garantías

Capital social 12.000.000 de ptas efectivas.  
Primas y reservas 41.075.898 pesetas.

25 AÑOS DE EXISTENCIA

Esta gran Compañía Nacional, cuyo capital de Rys. 48 millones, no nominales sino efectivos es superior á todas las demás compañías que operan en España.

Asegura contra el incendio y sobre la vida. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que ha sabido inspirar al público en los 25 últimos años, durante los cuales ha satisfecho por siniestros la importante suma de

Pesetas 34.771.411

Subdirección en Cartagena  
PLAZA DE CABALLOS NUM. 15

### SUGESTION

Al leer de estos versos el primero,  
Con suya placer te dormirás  
Y sin perder la vista, en el tercero,  
EL BARCO DE VALENCIA encontrarás.

Probarás su café, su chocolate,  
Su té, sus dulces, todo en conclusión,  
Y asírás como no es un disparate  
El premio que ganó en la Exposición.

Y al despertar, gozoso y sosegado,  
Jurarás por tu honor hasta morir,  
Que no probarás nunca de otra marca  
Que la que probastes al dormir.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risaño. Cavidad 3 Cartagena.

## EGOS DE MADRID.

29 de Marzo de 1889.

Es inútil hablar de todo lo que más ó menos directamente se refiera al crimen de la calle de Fuencarral. Que ya parece que la justicia está sobre la pista de los que asesinaron y degradaron al anónimo ovidé Carabanchel? Más tarde volveremos los ojos á ese drama no menos terrible. Hay que guardar algo para mañana. Dentro de poco será monótona la vida si cada día no nos ofrecen los tribunales emociones como las que en estos instantes absorben por completo la atención pública.

El martes pasado al amanecer los alrededores del Palacio de Justicia estaban cuados de curiosos y de espectadores. Estos esperaban vender á buen precio su derecho y habían pasado la noche tomando vez ó se habían levantado antes que el alba rompiera el negro manto de la noche para abrir paso al día solemne, al día esperado, al día que con los que le siguen se encargan de mostrarnos las miserias humanas, tanto de los actores como de los espectadores.

Madrid tomó un aspecto de actividad, de agitación. Se sentía en la atmósfera que pasaba algo extraño. En las plazas numerosos grupos oían con avidéz la lectura del programa de la triste función. Acudían á los últimos extremos los que esperaban entradas de favor. Algunas da-

mas privilegiadas, es decir que tenían asiento de preferencia se daban los últimos toques para presentarse con todo el lujo y elegancia que las caracterizan. La gente afluíá hacia las Salesas, en las imprentas se daban órdenes y se escalonaban dependientes para que las cuartillas de los taquígrafos llegasen á tiempo. Los desheredados, es decir los que estaban seguros de no perder el juicio oral, se conformaban aguardando impacientes la aparición de los periódicos. No se hablaba más que de la Higinia de Varela, del perro, de los principales personajes y secundarios del drama.

Al fin llegó la hora y ocurrió un episodio cómico que probó una vez más la verdad del adagio que enseña que no por mucho madrugar amauece más temprano.

Apenas se abrieron las puertas de la sala, se lanzaron los primeros, los que habían velado ó madrugado; y como estaba abierta otra puerta que comunicaba con los antiguos claustros, juzgaron que avanzando más llegarían al sitio preferente y cuando conocieron su error ya estaba lleno el espacio destinado al público con cuyo motivo se quedaron sin asistir al espectáculo.

Tan triste y doloroso fue y sigue siendo, que no debieron quejarse de su suerte.

Como los periódicos diarios refieren, hasta con nimia escrupulosidad algunos, los detalles del juicio; como nos enteran de si ha sido tranquilo el sueño de los acusados, de si mueven las mandíbulas, de si se limpia la frente con el pañuelo, de que si comen fiote ó chocolate de dos pesetas y de otros mil pormenores por el estilo, nada puedo añadir á esas extensas reseñas palpitantes de interés, que mis lectores esperan con ansia y devoran hasta con gula. Pero como en todos los festines quedan migajas, en esta ocasión me aplico á recogerlas juzgando que aunque no lo parezca á muchos, resultan sustanciosas, aunque indigestas.

Voy pues á recoger las impresiones que va dejando ese proceso en el ánimo de los espectadores y de los lectores de la minuciosa reseña que le dedica la prensa y que basta para que todos los que se enteren experimenten en mayor ó menor escala los mismos efectos.

El instinto público no duda que hubo robo; que el asunto del drama era el escamoteo del dinero; que la muerte no fue premeditada sino episodio inesperado de la acción principal. Del juicio oral resulta hasta ahora que por una riña de las que á cada paso se repiten en el hogar doméstico una criada viva de genio mató á su ama.

Todo el mundo se consagra á saber quien mató, á que hora, y con que instrumento y nadie se preocupa de averiguar á dónde fue á parar el dinero que guardaba la víctima.

Ante este resultado, el público como cuando asiste en el teatro á un drama de asunto interesante pero malogrado por la torpeza del autor, se muestra disgustado y de buena gana imitará á los que van á los estrenos á reventar obras, como suele decirse.

Una fatalidad quiere que no se desple-

gue por nadie la habilidad necesaria para descubrir el secreto que Higinia Balaguer conoce y guarda, acortando quizás esperanzas risueñas.

Ahora es cuando vamos á ver quien puede más; si la Justicia, la acción popular y la conciencia pública ó unos cuantos criminales vulgares. El público no las tiene todas consigo, la verdad sea dicha.

Julio Nombela.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ANTENA.

### Charada

En la era de un amigo  
un todo amarillo hallé  
y al verle le pregunté  
¿es verdad que eres altivo?  
contestó mirando al cielo  
aunque tan pequeño soy  
riqueza ó miseria doy  
por más que estoy en el suelo;  
en mi esperanza se mudan  
y tengo tal poderío  
que á los pueblos en estos  
les doy primera y segunda,  
el cielo me hizo dorado  
para luchar con el oro  
y por más que es gran tesoro

desde la choza al palacio  
todos los que en el espacio  
son de Dios seres criados.

Por la Sociedad X  
P. R.

## IPADRINO!

¡Cualquier día me coge á mí nadie, así sea el archipadrino de Sevilla, para que sea padrino de su hijo ó de su sobrino ó de cualquier nacido!... sobre que no lo soy, es inútil que nadie se moleste.

Tendría yo unos 18 años cuando por complacer á mi parentela toda, acepté serlo de un hijo que tuvo Casimira, gran cocinera, que prestó durante algunos años relevantes servicios en casa de mis padres.

Llegó el día en que Casimira dió á luz un robusto varón, y desde aquel momento entré en capilla para á los tres días consumir el acto del bautismo y cargar yo con obligaciones que maldito si necesitaba para nada.

Como era preciso contar con todo, la madrina le fue una señora que había protegido al marido de Casimira.

D. Simeona, se llamaba aquel monstruo de gozlera, á quien llamaban señora, haciéndole todo el favor posible.

Érase D. Simeona un ser repugnante y antipático; tendría en aquella época unos 60 años; chata, bizca, con una caraza como las sandías de Adraf baja de estatura; extremadamente obeso para concluir: Un fenómeno propio para exhibirlo á cinco céntimos la entrada.

Yo no la conocía; cuando la vi en la iglesia la tomé por algún sacerdote venido de lejos; y hasta cuando me acordé que era un niño que yo no conocía, me quedé para aquel acto.

Como un burlón burlesco-filosófico dirigiéndose á mí me dijo «Es V. el padrino?...» yo iba á decirle lisa y llanamente. «Y á V. que

le importa?...» pero debieron los parientes conocer que iba á soltar una barbaridad, porque por detrás de aquel mamarracho me hicieron tantas señas que casi asustado, me limité á decirle á secas, «Si.»

Cuando yo me di cuenta de que aquel espantado era la madrina, y de que se llamaba Simeona, tomé el sombrero y gracias á que cerraron la puerta de la Iglesia no escapé hasta dar con el océano, del que da buen grado me hubiera dejado tragar.

Era pues cuestión de honor porque tenía empeñada mi palabra, y ni que quieras si que no, bautizarnos al niño.

No había acabado de follar el angelito con el remoión del agua bautismal, cuando daba Simeona colgándose de mi brazo, me dijo con una amabilidad de 16 bajo cero, «compadre ahora vamos á casa á tomar un dulce» «Muchas gracias,» le dije yo «los dulces no me sientan bien.» «De todos modos» replicó, la vieja animándose por momentos. «Usted es ahora mi caballero y sin atender á razones melizo poner en movimiento.

¡Con qué gusto hubiera yo recibido en aquel momento un tiro en la rabadilla, ó la orden de arresto mayor, ó cualquier monstruosidad de mi caballo de fuerza! cualquier cosa era menos mala que salir á la calle con aquel Lucifer.

No hubo remedio: salimos de la Iglesia y la comitiva toda fuimos casa de Simeona, no sin una turba de chiquillos á quienes prodigué maravillosos puntapiés que moralmente dadi-caba á mi pareja.

Ya en su casa, alardeando de una agilidad que me permitía comer donde me gustaba, dispuesta una gran mesa.

«Compadre» me dijo, V. aquí; y me ofreció la presidencia. «Sirva V. á todas las señas», «Compadre».

Tanto compadreo me iba, ya cargado, y aunque mi deber era estar allí, yo solo pensaba en la manera de escurrir el bulto.

En efecto: procuré servir á los parientes con suma viveza, y cuando me pareció escusándome con que me era imposible continuar allí, tomé las de Villadiego no sin que Simeona dejara de despedirme con un fuego granado de compadrazgo que me hizo colorar las mejillas.

Veinte años hace de lo que cuento y aun no he vuelto á ver á mi Compadre.

¡Me habrá yo moñado bien para bair de ella?

Realmente no debo estar resentido con ese monstruo que ya no debe vivir.

Su existencia para mí fue bien corta.

Peró ¡ay!... el niño bautizado, el hijo de la ex-cocinera Casimira, á los tres años noté no sé si decía con claridad papá y mamá, pero padrino lo pronunciaba con una agilidad que daba encanto.

Desde que da tierno infante tiene el uso de la palabra, no pasa día que no me haga una visita; cuando chico, con Casimira encargada de interpretar aquello que yo no entendía, ó no quería entender, porque siempre se traba de pedir.

Cuando ya se iba explicando mejor y andaba de corrido, no escusaba compañía para ir á verme.

Desde que me casé me ha venido á ver con tanta frecuencia que me da y siempre, siempre, con sus necesidades y pidiéndome para comerlas.

Tener un ahijado, y pobre, es todo lo que se puede tener.

Candido se llama este alma de octava; y en lástima que no haya un San Bruto para haberle puesto ese nombre.

Yo fui padrino, á la irácala, y así me salió ello.